

A black and white photograph of an industrial facility with several tall smokestacks. The tallest stack on the left is emitting a thick plume of dark smoke that drifts to the right. Other stacks of varying heights are visible in the background, some also emitting smoke. The sky is a uniform light gray.

crisis y utopía en el siglo XXI

Félix Rodrigo Mora



Félix Rodrigo Mora, ex-componente del desaparecido grupo anti-desarrollista «Los Amigos de Ludd» nos aporta con este ensayo una herramienta excepcional de reflexión para nuestros días, por lo clarividente y oportuno de sus contenidos. Félix da un repaso a las que para él son las principales crisis que afectan en estos momentos a la humanidad, no sólo la crisis económica, sino la crisis de libertad, crisis de valores, la crisis medioambiental y el agotamiento de recursos.

Con este texto el autor pretende abrir nuevos caminos aportando ideas apropiadas al siglo XXI que a menudo difieren de las del pasado, porque las circunstancias históricas se han modificado, pero sin que ello altere la meta sustancial, una revolución que liquide la dictadura del Capital y del Estado y constituya una sociedad libre.



Félix Rodrigo Mora

Crisis y utopía en el siglo XXI

ePub r1.0

Titivillus 02.06.16

Título original: *Crisis y utopía en el siglo XXI*

Félix Rodrigo Mora, 2010

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Una mente sana en un cuerpo sano

Juvenal, Sátira X

Hoy, cuando se pronuncia la palabra crisis es para referirse a la económica, ahora tan en boga, o para nombrar la medioambiental, o la energética. De sus expresiones fundamentales, la crisis de la civilización, ya prácticamente sustituida por la barbarie; la crisis de la esencia concreta humana, en trance de desaparición, o la crisis de la libertad, descomunal bajo el régimen de dictadura constitucional y parlamentaria en ejercicio, casi nadie se ocupa.

Dado que únicamente alarman aquellas que afectan a lo material, biológico y corporal, sin que la pavorosa crisis del ser humano en tanto que mente, conciencia y espíritu suscite casi ninguna inquietud, me rendiré a la evidencia del formidable predicamento que sigue teniendo «el partido del estómago^[1]», y, sea, comenzaré por describir lo que está pasando, hasta donde es posible comprenderlo, en el ámbito de la economía y la naturaleza.

La crisis económica

En primer lugar conviene advertir, para evitar interpretaciones apocalípticas, que el sistema estatal-capitalista, desde que fue instaurado con las revoluciones liberales, suele estar en crisis de manera casi permanente. Se podría decir que ése es su modo de existencia y una de las causas de su singular fortaleza estratégica, pues en cada una de ellas (no sólo en las económicas sino, más aún, en las crisis políticas, bélicas, ideológicas y otras) se regenera y reconstituye a un nivel superior. Esto significa que ninguna perturbación económica por sí misma nos regalará el «derrumbe» del capitalismo, sino formas sucesivas cada vez más robustas, aunque al mismo tiempo más degeneradas. La crisis de 1929, de la que tantas fáciles e ignaras interpretaciones circulan, produjo, con la II guerra mundial y la derrota del nazi-fascismo, el triunfo planetario del imperialismo norteamericano, que aún se mantiene, en tanto que expresión superior de dominio del Estado y de la clase empresarial, en vez de la revolución proletaria mundial pronosticada.

Por el contrario, la guerra civil aquí, de 1936-39, en lo que tuvo de verdadera revolución popular, apenas debe nada a dicha conmoción económica, pues resultó de cuestiones inmateriales en litigio, la defensa de la libertad, el afán de realizar la justicia, la persistencia de una cosmovisión y cultura propias en las clases modestas, el rechazo de la expansión estatal, la sana fobia al trabajo asalariado y así sucesivamente.

Lo que podemos saber de la crisis económica iniciada en 2008 es poco, y ello muy distorsionado por los aparatos oficiales y privados de aleccionamiento de masas. Las personas más inquietas intelectualmente leen a los economistas supuestamente entendidos, como el multipremiado Paul Krugman, pero lo que encuentran es poco más que mediocre literatura, facturada por este hábil vendedor de humo, que lo ignora casi todo y que oculta lo poco que sabe. Otros, aún más despistados, creen que una relectura de «El capital. Crítica de la economía política», de Carlos Marx^[2] les puede ayudar. Pero el problema está en que ni siquiera podemos tener los datos más

fundamentales, pues ésta es una sociedad sin libertad de conciencia ni libertad de expresión, en consecuencia, sin libertad para informar e informarse. Los datos, comentarios y juicios sobre economía pasan, como cualquier otro asunto, por los diversos gabinetes de censura previa de hecho, destinados a hacer que el público viva en la neo-ignorancia propia de la modernidad, la más sofisticada y peor de todas, en la que el acto de no saber y no comprender va envuelto en una masa colosal de información sesgada y manipulativa.

Lo poco que se filtra y pasa la censura indica que, ante todo, la crisis proviene de la hiper-extensión del Estado, como se observa particularmente en EEUU. Tal crecimiento patológico busca robustecer a cada ente estatal en contra de sus rivales, los otros Estados, y reforzar el control sobre la masa popular, lo que ha disparado los *costes de dominación*, noción que, desde luego, no es fácil de hallar en los manuales de economía. Esos dos aspectos hacen que las exigencias estratégicas que sobre todo el ejército plantea a la sociedad, que van más allá de lo recogido en los guarismos referentes a gastos militares, hayan originado una economía altamente distorsionada, aberrante y parasitaria. El incremento en flecha de los costes de dominación, que ha tenido lugar en los últimos decenios se manifiesta de muchas maneras, que se enumeran a continuación.

Aumento descomunal del gasto militar, directo e indirecto, así como de la subordinación del conjunto de la vida social a las necesidades estratégicas del Estado, siempre definidas en términos sobre todo militares. Crecimiento colosal de las secciones de la sociedad de la información, esto es, de los costes para la manipulación total de las conciencias. Progresión del número y gasto de profesores y académicos, así como el de estudiantes, sin olvidar a la estetocracia, cada día más dependiente de los subsidios estatales. Desenvolvimiento, del Estado policial, judicial y carcelario. Progresión descontrolada del gasto médico y asistencial. Institucionalización a cargo del presupuesto estatal de los movimientos sociales hoy pilares del sistema (aunque con algunas excepciones honorables en cada uno de ellos), en particular el ecologismo, feminismo de Estado, anti-racismo, homosexuales y ONGs, sin ignorar a las viejas y nuevas religiones. Aumento descomunal de la tecnología en uso, cada vez más ineficiente en lo productivo y más sofisticada en sus funciones de sometimiento, cuyos enormes costes ocultos hay que satisfacer. Desarrollo de la industria del entretenimiento, los viajes de capricho y el ocio, en tanto que sección particular del aparato de aleccionamiento y amaestramiento de las masas. Expansión de lo que se ha llamado «sociedad de drogodependientes» con una progresión que parece

imparable del consumo de drogas ilegales y legales, alcohol, psicofármacos, tabaco, café y otros. Auge de los costes económicos resultantes de la expansión inducida desde arriba del odio, el enfrentamiento interpersonal y la incapacidad para la convivencia en la totalidad del cuerpo social. Aumento del número y los ingresos de todo un ejército de manipuladores de las conciencias, sobre todo psicólogos y psiquiatras, y de los beneficiados de la desintegración de la convivencia, como los abogados.

A ello se añade una grave crisis financiera en las viejas potencias imperialistas, EEUU, UE y Japón, con rasgos tan peculiares como poco conocidos, que quizá tenga su expresión última en la competencia de las dos monedas fuertes a escala mundial, dólar y euro, en países ajenos a los que las emiten, en particular China, alguna otra nación asiática y ciertos Estados árabes productores de petróleo. Sea como fuere, los entes estatales de los países ricos están inyectando ingentes sumas de dinero en las grandes empresas bancarias, industriales y comerciales, sin las cuales su existencia se haría hoy más que problemática. Ello es una prueba excelente de que el capitalismo sin el Estado no es gran cosa, en todos los sentidos. Se da asimismo una crisis de sobreproducción, que se irá superando a medida que los invendidos encuentren salida y el desorden financiero amaine por la acción gubernamental. También operan los efectos perturbadores de la caída de la tasa de ganancia, aunque este fenómeno es difícil de saber si se presenta como causa (así lo quiere la dogmática economicista) o como consecuencia del estado de caos en que yace ahora la economía, tras más de quince años de bonanza y altas tasas de crecimiento.

¿Cuál será la proyección más probable de todo ello? Se ha de insistir en que lo conocido es demasiado poco para realizar pronósticos bien fundados, pues las fuentes de datos y expedientes que usan los mandos militares, altos funcionarios, académicos y oligarcas no son asequibles al gran público, pero lo que sí parece indudable es que EEUU, la potencia más afectada por las perturbaciones, se está orientando en la dirección de vigorizar su aparato militar, para someter sobre todo a China, la superpotencia ascendente. En realidad, Obama, como «líder» al que el neo-racismo progresista e izquierdista apoya de forma irreflexiva precisamente por el color de su piel, ha sido puesto por el ejército para robustecer el aparato militar de EEUU, baza imprescindible para superar la crisis dando un vuelco a la situación mundial. El proyecto consistiría presumiblemente en envolver a China, la potencia imperialista número uno en progresión, para que ésta se resigne a ser

productora de bienes a precios ínfimos, que Estados Unidos compraría, sin pretender convertirse en superpotencia, que es lo que está ya haciendo, por ejemplo, incrementando espectacularmente su presupuesto militar, exportando capital, buscando aliados estratégicos, etc.

En cualquier caso, lo que resultará de la crisis económica en curso será un ascenso del militarismo, no «la revolución» o algo similar, un recrudecimiento de las medidas de control social y una explotación aún más rapaz de los recursos naturales. EEUU pretende reeditar, en una situación más crítica para ella, sus éxitos en la «guerra fría» contra la URSS, es decir, el logro de una victoria sin enfrentamientos bélicos al máximo nivel, pero ahora su estado de debilidad y descomposición interior es mucho mayor que hace treinta años, lo que llevará a incrementar expeditivamente las exigencias político-jurídicas, tributarias, ideológicas, policiales y militares sobre la población, que se encuentra en unas penosas condiciones de conciencia y existencia, de las que ella misma es en buena parte responsable, de modo que no es meramente una «víctima del sistema» como se la presenta desde una óptica paternalista, que niega la responsabilidad del individuo y de las clases populares, por tanto su aptitud inmanente para la libertad.

En la Unión Europea los acontecimientos seguirán, probablemente, una evolución similar y si aquélla desea mantener su estatus mundial tendrá que aportar medios, dinero y muchos más hombres-mujeres como soldados a las tareas de preservación del vigente orden mundial.

Tales son las consecuencias profundas de la crisis, pues sus manifestaciones episódicas (superproducción, paro, deflación, quiebra de empresas, contracción del PIB, etc.) se resuelven solas, como ha sucedido siempre, dando origen a un sistema financiero más eficiente, según sus fines, a una mayor concentración y acumulación del capital y, sobre todo, a una presencia más activa del Estado en todos los aspectos de la vida social. Esto último es lo que, sobre todo, la crisis va a ocasionar, lo está haciendo ya, de manera que vamos hacia un «socialismo» al gusto de los estatistas más exigentes de la izquierda y del «movimiento antiglobalizador». En él el capitalismo estará mucho más controlado, siendo por eso bastante más poderoso que anteriormente. Todo ello puede llegar a ser, finalmente, un modo peculiar de economía de guerra.

Pero los «buenos tiempos de antaño» no volverán. El consumo de masas se irá restringiendo paso a paso, y a ese ritmo iremos retornando a una sociedad de la escasez, lo cual no es ni positivo ni negativo, pues será sólo el

nuevo modo de existencia del sistema económico estatal y capitalista. Eso sí, la ideología de la fiesta a todo trance, del derroche en nombre de «la felicidad» y del ideario de «divertirse hasta morir^[3]» cambiará. El tiempo de trabajo crecerá más y más (lo lleva haciendo desde hace unos quince años), los salarios reales menguarán, la calidad de los productos y servicios tenderá a disminuir más aún, las prestaciones y subsidios del Estado de bienestar, dado el grave endeudamiento del ente estatal, se irán contrayendo, con lo que el abotargado y degradado sujeto medio de las sociedades contemporáneas, al cual corresponde una parte importante de responsabilidad en lo que está sucediendo, irá conociendo una realidad nueva y más problemática.

Ante todo ello no se trata de volver a la época, ya en trance de hacerse pretérita e irrecuperable, del consumo de masas, lo que se pretende con la consigna «que la crisis la paguen los capitalistas», sino de oponerse y denunciar el sistema, desde una perspectiva revolucionaria, en sus tiempos de crisis tanto como en los de prosperidad, negándole en ambos. Con escasez o con abundancia tenemos que condenar toda salida que busque estabilizar de nuevo el orden vigente para poder retornar a consumir a calzón quitado. Se trata de vivir de otro modo, no de tener más bienes y servicios en el actual orden, de manera que «las luchas» obreras y populares por más dinero salarial, menos paro, más prestaciones del Estado de bienestar y más consumo contribuirán muy poco a la gestación de una salida revolucionaria a la crisis, bastante improbable, sin duda, pero al mismo tiempo, la única apropiada, por sí y por lo que aporta en la esfera del fomento de la conciencia.

La crisis medioambiental y de agotamiento de los recursos naturales

La realidad actual se hace aún más compleja por la gravedad y extensión de las disfunciones en el ámbito de lo medioambiental, que no se manifestaron en las perturbaciones económicas de 1929. Pero tales daños, la degradación de los suelos agrícolas, el avance de la desertificación, la escasez de agua, la destrucción de los bosques autóctonos, el ascenso de las plagas y enfermedades de las cosechas, el arbolado y la ganadería, la pérdida de la biodiversidad, el aumento de las prácticas agrícolas y ganaderas contaminantes, destructivas e incluso devastadoras, el agotamiento del petróleo y otros sucesos similares, se manifestarán como factores fundamentales de crisis sólo paso a paso, lentamente, por lo que no puede hablarse de «colapso» del sistema. Ello nunca sucederá, pues una formación social no es ni una máquina, que súbitamente se gripa o falla, ni un organismo vivo, que puede fallecer de muerte súbita.

En las presentes circunstancias el sistema de dominación posee, por el momento, muchos elementos contrarrestantes. La fertilidad de los suelos sólo está decayendo con lentitud, y la desaparición de especies no afecta a la proliferación de las pocas docenas de ellas con interés económico. El cambio climático necesita casi un siglo para hacerse realmente pernicioso. La escasez de energía puede contrarrestarse con otro modelo de consumo de derivados del petróleo, impuesto desde el Estado, así como con la instalación de más centrales nucleares, el fomento de los biocarburantes o con la mejora de la eficiencia, hasta ahora reducida, de los parques eólicos, entre otras varias medidas posibles. La falta de agua encontrará en diversos procedimientos un paliativo de importancia, al menos durante muchos decenios. De manera que el catastrofismo ecologista y ambientalista no se asienta sobre bases creíbles. Por ejemplo, el modelo de consumo de petróleo actual no puede mantenerse más allá de unos pocos decenios, en efecto, pero sí otros modelos similares, pongamos por caso, a los instaurados en épocas singulares, como fueron la I y

II guerras mundiales en los países contendientes, o un nuevo tipo por inventar. Lo ahora existente en ningún sentido tiene por qué ser considerado como lo que se dará en el futuro, pues si algo ha manifestado el régimen estatal-capitalista es una plasticidad y versatilidad extraordinarias que le ha permitido adecuarse a condiciones muy cambiantes con gran éxito. Han sido precisamente el izquierdismo y el «radicalismo antisistema» los que han mostrado siempre, desde hace ciento cincuenta años, en sus modos de pensar y obrar, una tendencia pasmosa al dogmatismo, la atemporalidad y el anquilosamiento, a la repetición de fórmulas inactuales y gastadas, al no ser capaces de enfrentarse creativamente a las nuevas situaciones constituidas en los diversos momentos históricos.

En cualquier caso, con más o menos recursos naturales, más o menos fuentes energéticas, más o menos potencial demográfico, el sistema de dominación se perpetuará si la acción revolucionaria no pone fin a su existencia. Es esta intervención consciente y deseada la única capaz de liquidar sus perniciosos efectos de todo tipo, junto con su existencia, y no ningún «colapso» ni ningún «derrumbe», soñados por los deseosos de recibir como regalo, sin tener que realizar «excesivos» esfuerzos, un nuevo orden social. Por tanto, se trata de evaluar qué vamos a hacer, mucho más que especular sobre lo que la crisis es, puede ser o nos va a proporcionar, no, desde luego, el obsequio de una nueva sociedad. Ésta, o la alcanzamos con nuestro esfuerzo persistente, reflexivo y sacrificado o jamás será una realidad.

Quienes exageran la gravedad y velocidad de progresión de la crisis múltiple en desarrollo del actual sistema, utilizan sus jeremiadas para dificultar la preparación frente a lo que ha de venir. Con su desmesura transmiten la idea de que «no hay tiempo» ya para pergeñar una visión estratégica, ni un programa integral ni un plan encaminado a lograr la extinción del orden constituido. No comprenden que la crisis del sistema, aun siendo muy real, tiene un buen número de factores contrarrestantes, que le estabilizan, en primer lugar el poder descomunal que han logrado los Estados desde mediados del siglo XX hasta hoy, por lo que la progresión de los factores de descomposición y crisis ha de ser de carácter lento, actuando, por tanto, durante siglos y que para eso hemos de prepararnos. Debemos operar en el *tiempo de la historia*, más que en el de la duración biológica de la vida humana, lo que demanda la cooperación entre generaciones durante varias centurias.

Algunos casos históricos pueden ilustrarnos al respecto. La crisis de la

formación social romana, ya pavorosa en el siglo III, cuya causa principal fue la hiper-extensión del Estado en sus muchas manifestaciones, aunque ocasionó una situación tremenda, con un sufrimiento descomunal de las gentes, no llevó a ninguna revolución y en realidad originó escasa resistencia popular. Las masas de la época estaban tan envilecidas (aunque quizá no tanto como las actuales) que escogieron dejarse morir, si se excluye a algunos movimientos rebeldes, como los bagaudas, que resultaron precisamente de pueblos escasamente romanizados, por tanto con otra cosmovisión, y los donatistas, expresión del cristianismo revolucionario insurgente. Finalmente, el sistema, que parecía agonizar, se regeneró con los reinos germánicos en Occidente, a partir del siglo V, lo que le proporcionó siglos de continuidad, si bien es cierto que a un nivel inferior.

La crisis del siglo XIV, enigmático acontecimiento del que aún hoy se sabe muy poco, hizo desaparecer entre un quinto y la mitad, según las zonas, de la población europea, por malnutrición crónica, desorden económico, epidemias y, tal vez, negativa vital a adecuarse a las nuevas condiciones políticas, económicas y convivenciales. Incluso así, lejos de ser una época revolucionaria, esa centuria fue en todo Occidente, más aún en la península Ibérica, un tiempo de reacción desencadenada, con insolente crecimiento del poder de la corona y los señores eclesiásticos y laicos, eliminación del concejo abierto en villas y ciudades, reducción de los patrimonios comunales, liquidación *de facto* de las milicias concejiles, progresión del derecho romano, inicio de un nuevo ciclo de aherrojamiento de las mujeres y otros grandes males, a los que las gentes apenas resistieron. Si la historia es, o debe ser, maestra de la vida, sería sensato no echar en saco roto las lecciones que proporcionan estos episodios de nuestro pasado.

En las presentes circunstancias, lo decisivo hemos de esperarlo de la conciencia, de su desarrollo y difusión, así como de las formas organizativas que se formen en torno.

Considerar que la intervención policial, represiva, va a ser la fundamental en los años por venir no es, tampoco, adecuado. En las actuales condiciones de conformismo casi total, de liquidación virtual del pensamiento revolucionario, el sistema pondrá el acento sobre todo en el control político, mediático, escolar, estético e ideológico, que es el que le ha proporcionado los éxitos tan formidables que ha logrado en el último medio siglo. La acción represiva quedará como opción complementaria, lo que no impedirá que la implantación del Estado policial continúe progresando a buen ritmo.

Algunos cálculos señalan que tal vez en los 100-150 años próximos la población del planeta se reduzca al 10% de la actual, como consecuencia de las diversas crisis materiales y espirituales en curso. Ello no es improbable, pero el colosal sufrimiento y la drástica mortandad que significaría no necesariamente han de llevar a fortalecer o relanzar la resistencia popular. Todo depende del grado de conciencia de las gentes, de su coraje y disposición para reflexionar con objetividad, marcarse metas revolucionarias y actuar colectivamente en pos de su realización.

Las carencias y penalidades causadas por la crisis en desenvolvimiento tenderán a crear efectos positivos tanto como negativos en la evolución de las luchas y en la toma de conciencia, aunque es difícil saber ahora cuáles de ellos prevalecerán. Entre los primeros están el debilitamiento del Estado por escasez de recursos, la mayor puesta en evidencia del sistema de dominación y explotación (aunque en una sociedad hiper aleccionada y dogmatizada los hechos cuentan poco, pues el sujeto medio se guía por teorías e ideas abstractas) y los cambios en el discurso oficial que la nueva situación ha de inducir, lo que abrirá grietas argumentativas a utilizar. Entre los negativos, el peor de todos es la constitución de una mentalidad general de «sálvese quien pueda», generada por la obsesiva campaña realizada desde hace varios decenios a favor del egotismo, el individualismo y el interés particular. También ha de tenerse en cuenta que las instituciones redoblarán sus actividades políticas, creando nuevos movimientos de masas y nuevas formaciones políticas, quizá con mucho empuje y arrastre. Lo mismo hará el formidable aparato mediático, hoy capaz de convencer de cualquier cosa a la masa inerme, neo-ignorante, aculturada y atomizada.

Las crisis económica, energética y medioambiental no pueden cambiar espontáneamente el orden vigente

El anterior enunciado debería ampliarse con una formulación complementaria: no pueden conseguirlo y, por sí mismas, tampoco son capaces de hacer progresar el factor consciente. Los motivos son muchos y poderosos.

En primer lugar, hoy no existe un proyecto de sociedad alternativa a la actual, estatal y capitalista. Naturalmente, no se trata de entrar en detalles pero sí de pergeñar su naturaleza última y rasgos más definitorios. Dado que apenas nadie se ocupa de elaborarlo, resulta que carecemos de metas y propósitos estratégicos mínimamente precisos por los que batirse, más allá de las vaguedades habituales, que apenas nada significan y a nada comprometen, lo que ha constituido una situación de bancarrota argumentativa, política y espiritual sin cuya superación nada puede realizarse. Ello convierte el quehacer de muchos supuestos radicales en mero activismo sin estrategia, un obrar ciego y aturdido que el sistema pone a su servicio cuando le interesa, como hizo en 2004^[4]. En realidad, tras ese activismo sí hay una estrategia, la de admitir el actual orden político pero desarrollando luchas parciales que mejoren nuestro nivel económico y «calidad de vida» bajo el mismo, sin cuestionar su esencia y existencia. Ello lleva, como estamos viendo, a cerrar filas con el poder en los momentos críticos, como en los que nos adentramos ahora. Ese estado de ánimo pragmático y ávido se manifiesta en la obstinada negativa a criticar al régimen parlamentario y constitucional con algo más que unas cuantas frases vacías y de circunstancias: no lo hacen porque es *su régimen político favorito, éste, la vigente dictadura*.

En segundo lugar, no se da la suficiente valía del sujeto, no existe la necesaria calidad del individuo para librar una lucha de aniquilación contra el sistema^[5]. La destrucción de la esencia concreta humana que están realizando,

planeadamente, las élites mandantes se manifiesta dentro de las filas de los «antisistema» con rigurosidad. Dejando a un lado las excepciones que son de justicia hacer, en la militancia de los ambientes supuestamente radicales no existen hábitos de reflexión y estudio ni de planificación, de donde ha resultado una situación que linda con lo ridículo: hay una debilidad tan fundamental en los argumentos, formulaciones y propuestas que les aísla de la sociedad y transforma en marginales.

No existe, en ellos, capacidad para convivir y unirse a fin de llevar la brega contra el orden establecido a un nivel superior. Falta entrega, fortaleza y entusiasmo tanto como sobra ramplonería hedonista y bajeza de miras. Escasea la longanimidad que lleva a considerar el propio esfuerzo como aportación magnánima a la realización de un ideal superior a los intereses del yo. La noción de beneficio privado, que es la central del capitalismo, campa en tales medios por sus fueros, si bien ligeramente alterada en sus objetivos: muchos quieren desarrollar, realizar y satisfacer su ego, pocos desean esforzarse y servir desinteresadamente a la gran causa de la revolución. Ésta les parece una tarea fastidiosa y temible, que no ofrece «resultados concretos a corto plazo» (de nuevo aparece la idea burguesa del beneficio máximo lo antes posible) y en la cual su hipertrofiado yo puede padecer daño o mal.

No se puede hablar de poner fin al capitalismo al mismo tiempo que se vive con su ideología fundamental día a día, el interés particular.

Como consecuencia de lo expuesto hay un olvido general no sólo del vocablo (del que es cierto que no debe abusarse, lo que es muy diferente de su sistemático desuso actual) sino, sobre todo, del concepto de revolución, como propósito, designio y meta, en lo que tiene de suficiente y de insuficiente, de imprescindible y de limitado, de necesario y de parcial. Casi todos creen, en el fondo, que bajo el actual orden se pueden lograr transformaciones sustanciales y sustanciosas, puesto que es «democrático» y «libre», por lo que no sería adecuado ni legítimo pugnar por su derrocamiento. Ese estado de ánimo es el que va a permitir al sistema salir bien parado de la actual acumulación y combinación de diversos tipos de crisis.

Todo ello ha tomado un giro inquietante, no por esperado menos luctuoso, en la era de Obama, que no afecta de manera exclusiva a EEUU, pues los países europeos están realizando ya la misma política. Para hacer frente más desahogadamente no sólo a la crisis sino a la necesidad de recomponerse como gran potencia imperialista, junto con la Unión Europea, el Estado norteamericano ha tomado la decisión de ampliar su base social, de expandir

sus apoyos de masas. No le basta, en la complicada hora presente, con los reaccionarios habituales, por lo que ha decidido atraer a los nuevos reaccionarios, los movimientos «antisistema» de antaño que hoy, corrompidos por su silencio ante el orden parlamentario, el sectorialismo corporativista, el egotismo como única ideología del sujeto, la falta de sentido de la historia, el culto por el hedonismo, el generoso sistema de subvenciones que ha hecho de sus jefes y jefas unos funcionarios del Estado más, y la general carencia de perspectivas revolucionarias, se han convertido en firmes sostenedores del capitalismo y el Estado en las nuevas circunstancias.

Entre los nuevos reaccionarios están quienes pagan impuestos con gusto, van a sus trabajos decididos a rendir al máximo para que «el país supere la crisis», se enrolan en el ejército (sobre todo negros y mujeres, en EEUU; aquí obreros parados, inmigrantes y mujeres), la policía y la judicatura, se empiezan a ofrecer como confidentes e informadores a las fuerzas represivas, obedecen con entusiasta docilidad las órdenes y leyes promulgadas por las autoridades, refuerzan, incluso más si cabe, su función aleccionadora y propagandística en sus actividades profesionales como profesores, intelectuales, artistas, comunicadores, enseñantes y pedagogos. Son, pues, los movimientos sociales que ¡aún! tienen la avilantez de afirmarse «antisistema» quienes están salvando al sistema, sobre todo al imperialismo norteamericano, en un momento crítico, los ecologistas, feministas, anti-racistas, homosexuales y lesbianas, ONGs, pacifistas y otros similares. Éstos son los nuevos patriotas, los nuevos guardianes del orden constituido, los nuevos reaccionarios, con las pertinentes excepciones de unos pocos colectivos y personas clarividentes e incorruptibles en cada uno de dichos movimientos, los cuales merecen todos los respetos.

Ello evidencia los logros formidables del orden político en curso para superar airoosamente la crisis de la que saldrá, dadas las circunstancias, extraordinariamente fortalecido. Es inapropiado considerar, como se ha expuesto, que el único, el principal, recurso institucional ha de ser la represión, o el acudir a grupos o movimientos fascistas o de extrema derecha. Hay que considerar que en EEUU, con motivo de la crisis de 1929, no fue el fascismo el sistema político de que principalmente se valió el poder constituido, sino de su alianza con los movimientos y organizaciones progresistas, concretada en la política de «New Deal» desarrollada por el presidente Roosevelt desde 1933, la cual tuvo un éxito abrumador, pues casi todo el país, comenzando por el Partido Comunista, los intelectuales radicales y los sindicatos, apoyó su política de recomposición del orden vigente.

Esto permitió a EEUU preparar de la mejor manera posible la guerra imperialista, a la que se sumó en 1941, y de la que resultó potencia hegemónica. Tampoco Inglaterra acudió a la problemática solución fascista, ni Francia (aunque su clase alta estuvo dudando mucho tiempo). Es curioso que los países que renunciaron al fascismo fueran vencedores en 1945, lo que dice bastante acerca de la superioridad, conforme a sus intereses estratégicos, del régimen de dictadura parlamentaria y partidocrática. Hoy Obama realiza una reedición de la política de «New Deal», en las nuevas condiciones y sus logros son ya bien visibles, pues la contienda de Afganistán es la primera, desde la II guerra mundial, que no está encontrando oposición de importancia en la calle, lo que es una situación óptima para el militarismo e imperialismo USA. Tales son los aciagos efectos del neo-racismo progresista, que presenta el acceso de Obama al poder como un éxito de la lucha del «pueblo negro» (convertido por algunos en nueva «raza superior», que desbanca a la aria en tan chusca calificación) y por tanto, apoyable. Quienes así arguyen no tienen en cuenta que el Estado y el capitalismo son realidades sustantivas de poder que se renuevan constantemente, de manera que si ayer se personificaron en los blancos, hoy lo hacen cada vez más por medio de gentes de otras razas (en el gobierno de Obama aquéllos están en minoría), sin que ello debilite su liberticida naturaleza, más bien al contrario.

Es un hecho que los negros, hombres y cada vez más mujeres, desempeñan una función más y más determinante en el ejército estadounidense, comenzando porque es un hombre de raza negra, Colin Powell, quien ha diseñado su orientación estratégica actual, lo que no hace mejor ni más aceptable dicha máquina bélica, al contrario, permite al ejército cumplir con mayor eficacia sus fines, que son los de siempre, reduplicados por causa de la crisis histórica en desarrollo que conoce esa potencia imperial. Negarse a admitir que la realidad es cambiante, no esforzarse en adecuar las propias ideas a las nuevas circunstancias, continuar con esquemas políticos y consignas de mediados del siglo XX (o peor aún, de mediados del siglo XIX), es no sólo inoperante sino también ridículo y reaccionario, pues lleva a combatir lo que ya no existe, el capitalismo y el ente estatal del pasado, y a coincidir con el que ahora existe y actúa.

Quienes afirman de manera frívola que las crisis en curso abatirán espontáneamente al sistema no se paran a meditar que éste tiene tres recintos fortificados de protección y que para que ello suceda hay que derribar los tres. El primero es de naturaleza política, académica e informacional, y posee un

poder de desinformar, manipular y subyugar las mentes formidable, algo que no existía, en su eficacísima versión actual, en los años de desenvolvimiento de la crisis de 1929. El segundo es de carácter policial y judicial, también muy desarrollado en los últimos decenios, con un incremento en flecha de las plantillas y recursos de la judicatura, así como de los diversos cuerpos policiales, cada vez más numerosos, entrenados y dotados. El tercer y definitivo perímetro amurallado del actual régimen de dictadura es el ejército. En el caso, muy dudoso en las condiciones actuales, de que la policía y los grupos de extrema derecha^[6] organizados desde ésta resultasen desbordados por la insurgencia popular, la constitución actual, por sí, en sus arts. 55, 116 y 117.5, y por la normativa que los desarrolla (ley orgánica 4/1981, de 1 de junio, sobre los «Estados de alarma, excepción y sitio»), estatuyen que el ejército intervenga desde la legalidad vigente, estableciendo una dictadura militar camuflada con ropajes partidocráticos y parlamentarios. Por tanto, para que las aserciones fanfarronas sobre que el actual sistema «se hunde» sean creíbles, deben referirse a la cuestión cardinal, neutralizar, es decir, derrotar, al ejército, tarea no fácil.

Lo dicho ni mucho menos hace inviable la revolución, sólo muestra su hiper-compleja naturaleza, pues todas las dificultades pueden ser vencidas si hay voluntad de ello y se dejan de lado los infantiles sueños hedonistas de fáciles y descansados logros, realizados desde la espontaneidad, desde el mero seguidismo de los movimientos de masas, lanzados a satisfacer sus intereses inmediatos en el marco del actual orden de cosas, al que legitiman, embellecen y robustecen con tal pretensión.

Una última observación es que, en los momentos históricos en que las diversas crisis se agudizan, el individuo no encuentra en la mera exigencia de bienes materiales de subsistencia la fuerza necesaria para resistir, luchar y arriesgarse. Para ello necesita identificarse con un sistema de ideas que ponga sobre la mesa las principales cuestiones fundamentales, como son la continuidad misma de la civilización y la persistencia de lo humano, la lucha por la libertad y el establecimiento de las condiciones que hagan posible que la verdad finita-concreta triunfe sobre las mentiras de la propaganda oficial, para que la verdad nos dignifique y exalte.

Las crisis fundamentales hoy

La devastadora crisis que conoce el aprecio y amor por la libertad, por no hablar de su existencia real, junto con la crisis de la esencia concreta humana, ya casi liquidada y extinguida del todo, forman un binomio que, al no ser percibido como negativo, denunciado y combatido, es más, al no ser ni siquiera reconocido como el gran problema de nuestro tiempo, conforman una situación de crisis general de la civilización, esto es, de lo humano en tanto que realidad trabajosamente auto-construida durante milenios, que ahora está siendo aniquilada en unos pocos decenios.

La libertad es el mayor bien, de naturaleza espiritual, del que puede disfrutar el ser humano, pues a través de ella y en el acto de su realización es como se constituye en tanto que tal. Si falta la libertad, en particular si falta de una manera extrema como sucede en las actuales sociedades de la modernidad, gobernadas por una dictadura atroz, de carácter constitucional y parlamentario, se produce la desintegración del ser humano, su conversión en ente subhumano, su reificación incluso. La libertad verdadera va unida a la responsabilidad y se realiza con el otro. Pero en la izquierda persiste la idea loca y malvada de que la libertad del yo (la única que importa) es compañera de la irresponsabilidad y resulta de la agresión al otro: contra el otro, y con el Estado, viene a ser su lema. Éste queda más en evidencia en la dogmática feminista, que hace del otro, del varón, el enemigo, y del Estado (la policía, los jueces, las leyes, los politicastos profesionales, sin importar que sean mayoritariamente hombres) no sólo el amigo, sino el salvador de la condición femenina.

La meta de extinguir completamente todas las formas de libertad, de conciencia, política y civil, está en la esencia misma de la revolución liberal, y opera desde la fundación de este régimen con las grandes mutaciones liberales, en nuestro caso con la constitución de 1812^[7]. Se trata de reducir a la masa popular a un dócil y obediente gran rebaño, a seres con el estatuto de ganado de labor, a fin de que el Estado, y su retoño, el capital, alcancen un

poder absoluto.

La libertad de conciencia ha sido arrasada en la sociedad de la información; la libertad política por la dictadura partitocrática, en definitiva estatal; la libertad civil por una abigarrada mezcolanza de leyes, sistemas de amaestramiento, tecnología, universalización del trabajo asalariado y otras herramientas más del poder, de manera que lo poquísimo que aún subsistía de ella está ahora siendo extinguido. Para muchos todo eso no tiene importancia, dado que consideran que sólo el fascismo fue una dictadura y que el presente régimen es una «democracia». Puesto que todo lo dedican a las reivindicaciones «concretas» capaces de ofrecer resultados disfrutables de inmediato, materiales o medioambientales, apenas tienen tiempo de denunciar la falta de libertad.

Ésta sólo les preocupa en la forma de represión judicial o policial de sus «luchas» por ventajas tangibles, y nunca se manifiestan contra la falta de libertad política en sí y en sus expresiones decisivas, por ejemplo, contra la constitución española de 1978 como tal, el documento político-jurídico que vertebra la actual dictadura, sobre el que nadie puede permanecer en silencio. La libertad de conciencia ni siquiera logran comprenderla, pues al ser un asunto ajeno a sus pedestres actividades cotidianas les resulta indiferente que el acto de ideación hoy se realice sin libertad.

Que la rotunda falta de libertad que hoy padecemos ni siquiera se sienta como una carencia, por no decir, como una necesidad fundamental insatisfecha, muestra la desesperada situación que conoce la civilización en nuestro tiempo, pues ello demuestra que casi todos han interiorizado hasta tal punto su condición de neo-esclavos que ya ni siquiera aperciben que lo son. Una responsabilidad de primera importancia en la creación de ese infausto estado de conciencia colectiva se ha de atribuir a la radicalidad «anticapitalista», negadora de que la libertad sea una necesidad primaria del ser humano, por encima de las necesidades materiales. Aquélla se pone en evidencia cuando calla ante el actual régimen político, pues quien calla otorga, y da respaldo, sin que de nada sirvan algunas frases «críticas» que muy de vez en cuando insertan en sus panfletos, a modo de hoja de parra.

¿Serán capaces estos amigos de, al menos, dejar en un segundo plano el estómago y sus exigencias, tanto como el medio ambiente y sus apocalipsis, para concentrar su atención en la idea de la libertad: de conciencia, política y civil, así como en los combates por ella? ¿Superarán algún día su desintegración como seres humanos para llegar a amar la libertad por encima

de todo, hasta realizarla en una sociedad sin Estado y sin capital? Veremos. La mente del pueblo ha sido corrompida por la izquierda economicista y pancista, quien ha casi extinguido en ella todo lo que antaño había de magnífico, espiritual, trascendente y superior, por lo que es muy poco probable que resurja la pasión por el gran bien de la libertad, sin el cual no es posible realizar una transformación integral suficiente del orden constituido.

Así de grave es la crisis de la libertad, mucho más aguda y preocupante que la crisis económica y la crisis medioambiental. No más optimista es el balance que se puede realizar sobre la destrucción planificada de la esencia concreta humana.

La filosofía clásica define al ser humano por tres atributos, entendimiento, sentimiento y voluntad. Eso le hace ser lo que es, y del ascenso o mengua de aquéllos depende la calificación que se pueda otorgar un determinado orden político y social. Hoy no se trata de que tales características estén en retirada sino de su simple y llana extinción, en un grado ya bastante avanzado. Por tanto, estamos asistiendo a una crisis pavorosa de la condición humana misma, que no suscita críticas ni protestas, y mucho menos resistencias masivas. Ello se explica por la falta de sensibilidad para lo humano, hoy habitual. La situación es más trágica si añadimos un cuarto atributo (la filosofía clásica tiene sus limitaciones y defectos), la *sociabilidad*, que nos hace buscar la compañía de los otros, y origina en las mentes no corrompidas por el vigente sistema de dominación, la necesidad de vida en común y colectivismo, compartiendo lo más decisivo.

En consecuencia, la destrucción planeada del entendimiento, la sensibilidad, la voluntad y la sociabilidad que tiene lugar hoy y que puede culminar, haciéndose quizá irreversible en una o dos generaciones, equivale a la aniquilación de la condición humana en su esencia. Lo que está resultando de ahí es una gran masa de seres subhumanos con apariencia de humanos, que ya no alcanzan a pensar, sentir, decidir y convivir, que están fabricados en serie para meramente obedecer, carecer de sentimientos auténticos, hacer en todo momento lo que el poder les ordene, odiarse y agredirse los unos a los otros, tanto como veneran a sus dominadores. Esto es una crisis descomunal, pues equivale a una mutación controlada, dirigida a realizar una nueva especie, posthumana e infrahumana, de la cual todos los días tenemos manifestaciones aterradoras en la vida cotidiana, observables si estamos sensibilizados ante esta cuestión.

Una aceptable exposición de tal situación se encuentra en «Fahrenheit

451», de R. Bradbury, presentado por la intelectualidad subvencionada como una denuncia del «totalitarismo» en general, cuando lo es del actual régimen de tiranía, éste, el que en EEUU ordenan hoy la «Declaración de independencia» de 1766 y la constitución de 1787, que inspiraron a nuestra constitución de 1812, nunca suficientemente criticada, la cual tiene en la vigente, de 1978, su versión actualizada. Escrito en 1953, examina como la gente va haciéndose inepta, torpe e incapaz en todas las funciones específicamente humanas. De la extinción planificada de la inteligencia dice, «la filosofía, la historia y el lenguaje se abandonan, el idioma y su pronunciación son gradualmente descuidados. Después, casi completamente ignorados... no hay necesidad de pensar... más chistes en los libros. Más ilustraciones. La mente absorbe menos y menos». Exacto. También se ocupa de la pérdida de la sensibilidad, de la aniquilación del libre albedrío y del colapso de la sociabilidad («nadie tiene ya tiempo para nadie»). La policía que impone todo eso son «los Guardianes de la Felicidad», pues no podía faltar la gran idea mostrenca de la modernidad, que luego aparece en las horribidas utopías sociales, de las que más adelante se hará la crítica. Lo que Bradbury olvida decir es que superar tal estado de cosas exige constituir una nueva sociedad, así como unos nuevos seres humanos, y que a eso se le llama revolución.

De manera que lo que antes fueron seres humanos ahora son seres nada, definibles por lo que no tienen y ni siquiera llegan a echar en falta, las funciones y cualidades del espíritu, que nos caracterizan en tanto que especie y cuya pérdida es la mayor de las catástrofes, muy por delante de lo que puede depararnos la crisis económica y medioambiental en curso. En efecto, la recuperación de nuestra esencia específica, humana, es la precondition para alzarnos por la libertad, lo que a su vez se hace imprescindible para poner remedio a los males económicos, creando una economía de pobreza y escasez decorosas para todos, y restaurando la naturaleza a su prístina situación.

Hay que subrayar que la motivación última que mueve el proceso de destrucción de la esencia concreta humana es crear el operario perfecto, capaz de adaptarse al infierno del trabajo asalariado. Reducida la persona a la condición de ganado de labor, queda realizada la perversa idea de que los animales no hacen revoluciones (salvo en «Rebelión en la granja», de G. Orwell). De manera que esta meta es la que ha guiado y guía desde hace 250 años el obrar del Estado y de la clase empresarial. Tal degradación catastrófica de la condición humana está ya implícita, por tanto, en la noción misma de salariado, lo que hace urgente la lucha contra él en cuanto tal, no

para venderse en el mercado laboral por la más alta suma monetaria posible.

Una parte fundamental del ecologismo, por la presión de las instituciones en la dirección descrita, manifiesta estar muy preocupado por la salud del cuerpo, y nada por la de la mente. Dos mil años después estamos, por tanto, muy por detrás de lo preconizado por Juvenal, una prueba más del descomunal salto atrás que han dado los factores de la civilización, empezando por el mismo concepto, como tal y en tanto que meta. Pero esta crisis de la civilización, ¿a quién preocupa? Examinemos el asunto con mayor detenimiento.

El ecologismo y la destrucción de la esencia concreta humana

El ecologismo acumula sobre sí diversos méritos históricos. Cuando surgió como modo de interpretación de la realidad y como movimiento combativo, en los primeros años de la segunda mitad del siglo xx, mostró con creatividad y espíritu innovador que el medio natural estaba siendo devastado por el desarrollismo, que los recursos naturales eran finitos y que se avanzaba hacia una situación de declive general de los fundamentos últimos de la vida. Durante algunos años se mantuvo en esa posición, pero todo ello no tardó en entrar en decadencia.

Hoy las circunstancias son bastante diferentes. Lo primero que destaca en la ideología de la mayor parte del conglomerado ecologista, cada vez más institucionalizado (estatizado), es que su concepción del ser humano es monista, pues en ella sólo existe preocupación por el cuerpo, dando por inexistente a la mente. Estamos por tanto, ante un platonismo al revés, pues si éste maldecía el soma, sus herederos contemporáneos del reduccionismo y la simplificación, se olvidan de la mente, de manera que unos y otros proporcionan una concepción mutiladora del ser humano, tan irreal que sólo ha podido alcanzar carta de naturaleza por la presión adoctrinadora que el Estado ha ejercido a favor de tales construcciones doctrinales, en el pasado en pro del platonismo y neoplatonismo (sobre todo, como ideología eclesial) y en el presente en beneficio del ecologismo, hoy devenido parte integrante del ideario del Estado.

Antecedentes directos del ecologismo, en tanto que ideología, son el fisiologismo y el zoologismo decimonónicos que, so pretexto de combatir al clero, fueron urdiendo un sistema de ideas en el cual los humanos aparecían como nada más que una especie animal entre otras, que sólo tenía necesidades materiales: alimento, vestido, vivienda, diversión y cuidados médicos, careciendo de necesidades espirituales dignas de mención (salvo la de ser

adoctrinados sin limitaciones). Ello expresaba el modo como la burguesía deseaba que fuera el asalariado, simple «animal laborans». Dicho producto ideológico, que es una monstruosidad, fue acogido como un formidable avance por una buena parte del obrerismo militante, siendo Pablo Iglesias, el fundador del PSOE, uno de los más entusiastas de la concepción zoológica del ser humano, por lo cual recibió parabienes y apoyos de la burguesía de su tiempo.

En los orígenes del ecologismo como ideología y como movimiento había gentes de creencias izquierdistas, en general profesores-funcionarios, que se valieron de la crisis medioambiental para relanzar en las nuevas condiciones el zoologismo, en un momento en que el sistema de dominación estaba pugnando por culminar el proceso de subhumanización planeada de las clases populares. Así, tal concepción se ha modernizado, ha dejado de ser tan disfuncionalmente sórdida como aparecía en la línea y programa de, por ejemplo, el par PSOE-UGT, y se ha elevado un poco sobre sí misma, adquiriendo con ello el poder de penetrar en nuevos sectores.

Su contenido argumental es conocido. Los únicos problemas de nuestro tiempo son la contaminación y destrucción medioambiental, el calentamiento global, la expansión de los OGM, la reducción de la capa de ozono, las grandes infraestructuras biocidas y otras aberraciones similares. Todo lo demás no tiene importancia, y la aspiración del ser humano, en tanto que ente biológico, ha de ser nada más que un medioambiente sano y una naturaleza restaurada. No hay crisis de la libertad, es más, el movimiento ecologista tiene a gala su «apoliticismo», a pesar de que hoy vive en su casi totalidad de las subvenciones del vigente régimen de dictadura. No hay, tampoco, crisis de la esencia concreta humana y, por supuesto, no hay crisis de la civilización. En consecuencia, la revolución queda excluida y todo lo deseable se ha de lograr en el seno del actual sistema, tomando al Estado como fuerza redentora número uno, de cuya intervención ha de resultar la restauración del medio natural.

Si por un lado algunos de los militantes del ecologismo lamentan la especialización y fragmentación propias de la visión contemporánea del mundo, que comienza su andadura con Descartes, por otro no ponen en cuestión un movimiento como el suyo, formado por expertos y especialistas en un único asunto, «defender» el medio natural. Formados sus cuadros por titulados de facultades de biología y de ciencias ambientales, los ideólogos y jefes del ecologismo, con escasas excepciones, lo ignoran casi todo de la

hiper-compleja y muy plural existencia y condición humanas: política, historia, filosofía, moral, economía, arte, etc., para concentrarse en su artificiosa especialidad. De ese modo reproducen uno de los peores rasgos de la formación social que está destruyendo la naturaleza, rasgo que no es secundario sino fundamental, sin cuya superación aquélla no puede ser subvertida.

Dicho movimiento plantea, además, como meta el logro de «una sociedad ecológica» que, al parecer no tendrá ninguna expresión política conocida, aunque todo indica que no será más que la actual dictadura constitucional y partidocrática pero con muchos más ecofuncionarios. La única ética admisible, según este movimiento, es la que establece los deberes del ser ¿humano? para con la naturaleza, sin que haya espacio para la moral que regula las relaciones con el otro, con la sociedad y con uno mismo. Esto muestra el abismo de sinrazón y barbarie específicamente modernas en que ha terminado por caer la mayor parte del ecologismo como movimiento de especialistas y tecnócratas «verdes», esto es, como sección del orden constituido. Ya nada importa ni interesa de lo que hace humano al ser humano: libertad, verdad, bien moral, amor, trascendencia, belleza y, por supuesto, revolución, es decir, todo lo que el régimen estatal-capitalista necesita que el sujeto común olvide y repudie para que se constituya el sujeto político perfectamente sometido.

Ello, además, al romper de un modo rigurosamente cartesiano los vínculos reales que enlazan las diversas formas de la experiencia humana, proporciona una visión deformada de las relaciones del actual orden social con la naturaleza. Llama la atención que los expertos en «salvar» el planeta, al tratar los temas fundamentales, siempre olvidan la función decisiva del Estado, sobre todo de su columna vertebral, el ejército, en el daño medioambiental directo y, mucho más aún, en el indirecto o inducido. Al rehusar admitir lo más decisivo, que las sociedades contemporáneas son rehenes de los intereses estratégicos de los Estados (asunto que es tratado, aunque no con la extensión y profundidad que merece, en mi libro «Naturaleza, ruralidad y civilización») y que es de esa trágica situación de donde sobre todo proviene el desastre medioambiental en curso, se convierten en falseadores de la realidad y apologetas, cuando menos por omisión, del militarismo.

Tal equivale a decir que, para que la crisis medioambiental, tan grave, pueda ser atajada de raíz, y no meramente parcheada con la demanda de resultados «prácticos» cuyos logros, a fin de cuentas, no se observan, es imprescindible atreverse a diseñar una sociedad sin Estado, por tanto sin

ejército, esto es, hay que ocuparse de la política de alguna otra manera que no sean las habituales loas al régimen de tiranía constitucional y parlamentaria hodierno, del que los ecofuncionarios perciben sus emolumentos. Un asunto ha de repetirse con el suficiente énfasis: tras más de medio siglo de activismo, muy intenso en todos los países desarrollados, se puede decir que el ecologismo pragmático e inmediateista, «realista» y «razonable», parlamentario y legicentrista, que se niega a considerar la superación revolucionaria del actual orden como meta, ha fracasado en el logro de realizaciones prácticas. No sólo porque la destrucción medioambiental ha continuado progresando de manera acelerada sino porque casi cada una de sus conquistas son un modo nuevo de dañar el medio natural (las eólicas proporcionan el mejor ejemplo de ello), al mismo tiempo que sus discursos sirven, sobre todo, para tranquilizar a la opinión pública, haciéndola crédula, desmovilizada y conformista, de manera que delegue en los ecofuncionarios la pretendida solución de los muy graves males en desarrollo.

Además, el ecologismo, tomando como pretexto (hoy ésa es la palabra clave: pretexto, y poco más) el problema medioambiental, que indudablemente es de una gravedad descomunal y que no debería ser usado como subterfugio para la manipulación política e ideológica en beneficio del *statu quo*, está llevando el agua al molino del objetivo estratégico número uno del actual régimen de dominación, la destrucción de la esencia concreta humana. En efecto, al reducir ésta a sólo fisiología, al hacer del ser humano un mero «homo animalis^[8]», un ente zoológico como los otros, a realizarse por completo en una pretendida naturaleza limpia y restaurada, está negando el componente espiritual de la persona, que es justamente el que no puede ser hecho compatible con el sistema de poder en curso.

Por ejemplo, el amor por la verdad es un estado psíquico específicamente humano, que es negado por la sociedad de la información. Si nuestro entusiasmo por la verdad asciende más y más, entonces «la sociedad del conocimiento y la información», como pilar del vigente régimen de dictadura, tendrá un problema bastante grave, de manera que el asunto admite un tratamiento óptimo según los intereses de dicho régimen. Consiste, yendo a la raíz, en eliminar el deseo de verdad en el sujeto, presentándole como meta nada más que una supuesta salvaguarda de la naturaleza, al margen de la verdad, la libertad, la sociabilidad, los valores estéticos y el bien moral, o si se expone acudiendo a la fórmula clásica, de «lo verdadero, lo bello y lo bueno». Pero ello es sólo una forma ingeniosa de fomento de la barbarie, de regresión a la etapa pre-humana de la especie y, al mismo tiempo, un modo

maquiavélico de salvaguardar lo existente, que no puede ser subvertido sin poner en juego todas las capacidades del ser humano en tanto que humano, el amor por la verdad entre otras.

Como se expresó antes, el ecologismo ha transformado la imperecedera recomendación de Juvenal, auto-forjarse una mente sana albergada en un cuerpo sano, en una fórmula intolerable según la cual un cuerpo sano es todo lo que necesitamos. Una advertencia añadida puede aclarar el asunto: tal es imposible. Nuestra acción para restaurar la naturaleza la tenemos que hacer en tanto que humanos, no como subhumanos, por ende, como seres dotados de necesidad de libertad, entendimiento, sociabilidad, sensibilidad y libre albedrío, que aspiran a constituir una sociedad libre y a crear un estado superior de civilización, no en comparación con lo existente, que es la barbarie tecnologizada y «vendida» de mil maneras por los operadores académicos y mediáticos.

Sólo dotándonos de metas plurales, difíciles e hiper-complejas nos podremos constituir como seres humanos de la calidad suficiente para abordar la restauración de un mundo natural que hoy está en estado crítico. Pero si se pone esto último como meta única no podremos hacer acopio de la energía interior, individual y colectiva, para acometer la tarea, pues como seres integrales que todavía (¿por cuánto tiempo?) somos, pese a quien pese, necesitamos de propuestas integrales. Ése es uno de los motivos que hacen al ecologismo tan asombrosamente ineficiente en su actuar cotidiano restaurador del medio natural, a la vez que tan inquietantemente eficiente como neo-sección del aparato estatal destinada a cooperar en la aniquilación de la esencia concreta humana.

Por ello, cada lucha anti-desarrollista, para no ser un parcial e insatisfactorio ejercicio encaminado a buscar remedios —por lo general inexistentes— bajo el actual sistema, debe situarse en el marco de una estrategia explícita para la transformación completa-suficiente del orden constituido, de manera que tiene que poseer un programa de repudio de las instituciones en sus manifestaciones más importantes en lo político, aleccionador, económico y moral, el cual ha de elevarse a programa de propuestas de una sociedad superadora y superior, asentada en la libertad de conciencia, política y civil, en consecuencia, sin capitalismo y sin Estado. No puede ser, además, un movimiento de expertos y especialistas sino de personas conscientes que consideran los problemas tratados en el marco integral en que realmente están. Dichas luchas han de ocuparse de las crisis

más fundamentales, en relación con el asunto tratado y en sí mismas, de la libertad, de la esencia concreta humana y de la civilización.

De paleo-utopías, neo-utopías y no-utopías

Cuando se habla de las crisis la utopía aparece, por lo común, como el remedio. Así, ante la crisis económica la utopía es, al parecer, el retorno al pleno empleo y al consumo desaforado de hace unos años, o bien la proyección sobre el futuro del sueño, pesadilla en realidad, de una sociedad de ilimitada abundancia, unos reinos de Jauja provistos de toda clase de bienes materiales, a los que la pedantería obrerista ha venido en denominar «socialismo» y «comunismo». En la crisis medioambiental la utopía adopta la forma de un universo verde y limpiísimo en el que los seres ¿humanos? trisquen y correteen deliciosamente, hechos parte de la naturaleza y sin sobresalir lo más mínimo de ella.

En las viejas y las nuevas utopías lo humano, en tanto que tal, está excluido: la avidez por la felicidad lo elimina, de donde se ha de concluir que en ellas quizá seremos completamente dichosos por los siglos de los siglos, pero ya no seremos humanos^[9]. Aquí se manifiesta el gran fiasco de lo utópico, que no sólo nombra el «lugar que no existe» sino un régimen sin libertad, pues en el libro de Tomás Moro su fundamento económico es la esclavitud de una parte de la población, rasgo que no suelen citar los entusiastas de la cosa, que al parecer no han leído el texto completo, o acaso no lo han leído en absoluto y hablan de oídas. Claro que peor es otro de los panfletos utópicos, «La ciudad del sol», de T. Campanella que loa un régimen de dictadura política total, en la cual la libertad, en todas sus formas, no existe, y los seres humanos son sólo caricaturas.

Desde luego, las paleo-utopías decimonónicas, rebosantes de máquinas y fábricas, todas ellas ciencia y rigor de pacotilla, son las peores en su género, pues las neo-utopías movimentistas, fabricadas en los años 60 del siglo xx, con su preferencia por las florestas y los arroyuelos exentos de toda contaminación confortan un poco el ánimo en estos tiempos difíciles, aunque la inautenticidad y ñoñez de que adolecen terminan por soliviantar. Sus propuestas son bien chuscas: la paz perpetua bajo el imperialismo, la

recuperación de la naturaleza en la sociedad tecnológica, la «liberación de la mujer» en un orden sin libertad, el fin del racismo para totalizar el poder del Estado y del dinero. En definitiva, tales utopías se limitan a embellecer la sociedad actual, pintándola como no es para generar, con su retórica empalagosa y sus «luchas» institucionales, el máximo de conformismo. Además, la experiencia prueba la fundamental verdad de la formulación de Baudelaire sobre que «los buscadores de paraísos hacen su infierno», lo que será mucho más cierto en los recios tiempos por venir, con numerosas disfunciones sociales y naturales solapándose y cooperando.

No, las utopías no son posibles, pero sobre todo no son deseables, porque presentan al ser humano como no es y como no puede ni debe ser. Si fuera factible crearse una sociedad perfecta y feliz, ¿qué sería de la persona sin problemas que reflexionar, sin luchas que librar, sin esfuerzos que realizar? En tal caso se derrumbaría en la auto-aniquilación, condenada por toda la eternidad a gozar, a sufrir una felicidad completa, obligatoria e inextinguible, esto es, tres veces intolerable. Quienes suspiran por tales desmesuras no logran comprender algo decisivo, que los seres humanos y las sociedades se forjan en el esfuerzo, y que ello forma parte de nuestra naturaleza, de tal modo que vivir es esforzarse, por tanto, padecer, penar, inquietarse, lidiar por metas auto-impuestas, caer y levantarse y así hasta el día de la muerte. Las utopías, con la promesa de constituir sociedades de delicias, crean sujetos flojos y sin vitalidad, lamentables en todo, pero ¿qué otra finalidad más importante tienen nuestros combates que auparnos a través de ellos a la excelencia en tanto que seres humanos? En esto se pone en evidencia el gran mal de los utopismos.

El tiempo de las utopías infantiloides y vilificantes fueron, como se ha dicho, los años 60 del siglo xx, ese decenio en el que se lanzó un asalto de aniquilación contra la esencia concreta humana y el ideal mismo de vida civilizada, en particular porque todas ellas estaban hechas de una misma tóxica sustancia, la idea de felicidad. El ser humano no está hecho para la felicidad, y ésta, en tanto que gran mentira políticamente útil y como fundamental lema de la sociedad de consumo^[10], es sólo retórica reblandecedora e idiotizante, que convierte a los individuos en caricaturas, tan ininteligentes, sin voluntad, insustanciales, serviles, ególatras, narcisistas, desalmados, consumistas, insensibles, reaccionarios e inútiles para todo como el sistema estatal-capitalista de dominación desea que sean. Además, no es un misterio que la utopía es la recreación del mito clerical sobre el paraíso y el

mundo celestial, de manera que quienes se jactan de irreligiosidad, e incluso de ateísmo, siguen perteneciendo a la grey de los creyentes sin saberlo, por causa del utopismo.

Ahora, la más funesta de las utopías del estómago nos habla de conseguir ventajas y reformas gozables de inmediato por medio de las «luchas» ya posibles. Ello lleva implícito el discurso apologético de lo estatuido: la actual es una sociedad libre y basta con presionar a «la admimstración» (calificativo embellecedor que los rebeldes dentro de un orden otorgan al Estado) y resistir un poquito al capital para que alcancemos una situación de delicias pues, en el fondo, esta sociedad es casi perfecta y sólo hay que hacer «movilizaciones» contra algunas de sus imperfecciones. La réplica anti-utópica es que la actual formación social carece de libertad, que lo conseguible bajo ella es y será siempre miserable, dañino y mezquino, además de ínfimo o nulo en lo cuantitativo, como manifiestan una y otra vez las luchas reivindicativas en curso, con las apropiadas excepciones, hecho que ha desalentado a sus organizadores, hasta casi hacerlas desaparecer.

Tal enfoque niega además toda perspectiva revolucionaria; agota, embota y desmoraliza a la mejor gente, para nada; margina y aísla de los sectores más avanzados del cuerpo social a sus autores pues el tiempo que invierten en tales insignificancias no es usado para el desarrollo y difusión en toda la sociedad de sistemas argumentativos verdaderos y persuasivos sobre los problemas decisivos de nuestra época; sus «luchas» son de efectos prácticamente nulos en lo referente al desarrollo de la conciencia y cuando nos dirigimos hacia un entramado crítico de crisis varias en desarrollo amenazan con transformar a la gente antisistema en sujetos obsoletos y marginales por falta de respuesta actualizada a aquello que más preocupa e importa a los mejores, que desde luego no es la supervivencia egoísta. Lo más anti-utópico es establecer la decisión de hacernos cargo de todos los problemas de nuestro tiempo, desdeñando centrarnos en lo que nos afecta personalmente, en aquello que satisface nuestros intereses, pues toda primacía del interés particular nos convierte en burgueses de hecho, además de en sujetos degradados.

Por todo ello, la única forma de utopía admisible es la no-utopía, el rechazo argumentado de este tipo de subproductos mentales, en beneficio de una admisión sobria y valerosa de lo que la vida humana es en esencia, esfuerzo y servicio magnánimos por causas superiores, tragedia existencial sin remedio, hecho terrible no elegido, asunto trágico cuyo final es la muerte,

la eterna no-existencia y nada. Nuestra meta en lo político no puede ser la sociedad perfecta que promete la utopía sino, más modestamente, sociedades mejores pero siempre imperfectas, también cuando sean purgadas de Estado y de capitalismo, construidas con el propio esfuerzo, no regaladas por «las leyes de la historia», no realizadas por algún «sujeto histórico» que, cual moderno Mesías que habita en las fábricas, va a llevarnos deliciosamente a la felicidad en una sociedad de maravillas y prodigios.

Nosotros solos podemos construir una formación social mejor, basta con que nos esforcemos todo lo posible, e incluso algo de lo imposible, con el uso al nivel máximo de nuestras cualidades y capacidades humanas, el entendimiento, la sociabilidad, el sentimiento y la voluntad, precisamente las que la verborragia sobre la utopía como sinónimo de goces sin límite se propone socavar y extinguir.

Los años sesenta del siglo pasado, época de patético bienestar y de estómagos llenos en los países ricos, crearon un tipo de seres humanos tan deplorables que hoy provocan la risa: tal es una de las servidumbres de la prosperidad. Hoy la situación es diferente, pues nos adentramos en un decaimiento múltiple, pero lento, de las causas de la abundancia material y de los fundamentos mismos del actual orden económico, de manera que necesitamos, mas que tabarras utopistas, siempre epicúreas, eudemonistas y hedonistas, la advertencia magnífica de Epicteto, «prepara tus facultades para honrarte y ornarte con los hechos más penosos». En efecto, si nos atrevemos a asumir las situaciones más difíciles y los acontecimientos más terribles, poniendo en juego lo mejor de nuestras capacidades humanas, quizá podamos asestar golpes demoledores al sistema de dominación, haciendo que la actual combinación de varias crisis en desarrollo sea un tiempo de preparación de las condiciones necesarias para desalojar a los malvados y los tiranos.

Mientras no nos liberemos de la avidez maniática por las utopías gozosas y provechosas, no repudiamos la idea de placer y felicidad y no nos atrevamos a admitir que la vida auténtica y mejor, la que nos hace humanos, es la del esfuerzo y el servicio desinteresados, seremos esclavos con mentalidad de esclavos, es decir, esclavos para siempre. Una vez admitido esto tenemos que aceptar la carga, tan pesada, de la totalidad de los problemas de nuestro tiempo y de la concepción integral superadora, sin especializaciones degradantes, sin incurrir en el error de querer «soluciones» aquí y ahora, considerando como precondition del bien social la constitución de una sociedad libre, esto es, liberada de las dos fuerzas liberticidas por

autonomasia, el capitalismo y el Estado.

La izquierda institucional y una buena parte de la «radical» son responsables de haber constituido sujetos ínfimos y degradados, los más carentes de calidad de los que hay recuerdo, dejando quizá a un lado a la chusma romana mantenida y divertida por el Estado, lo cual fue la contribución específica de aquélla a la tarea de aniquilar la esencia concreta humana e instaurar el reino de la barbarie. Ello es comprensible, pues dado que su meta no es la revolución sino vivir más descansadamente y disfrutar más bajo el vigente orden, no necesita personalidades capaces. La nuestra es la revolución, y para alcanzarla tenemos que hacernos mejores, mucho mejores, dotándonos, como dice también Juvenal en su sátira X, de «un alma vigorosa que carezca del temor a la muerte... que pueda soportar cualquier trabajo, que ignore la ira, los vanos deseos y considere preferible las calamidades y crueles trabajos de Hércules a los festines, amoríos y el muelle cojín de plumas de Sardanápalo». Lo que tiene la humanidad ante sí en el siglo XXI, una catástrofe en desarrollo, a la vez medioambiental, de la civilización, económica, de la condición humana y, sobre todo, de la libertad, para ser afrontada, necesita de ese estado del espíritu.

Conclusión

La creencia en la existencia de un «sujeto histórico» que nos salva, como tenía que hacerlo Cristo en su segunda venida, es una de las peores supersticiones de la modernidad más militante. Quienes se siguen aferrando a ella, o aquéllos que gimen desolados porque no contemplan el obrar del pretendido sujeto redentor, lo que necesitan es una cura y desintoxicación espirituales, como expiación por haber creído en semejante majadería neo-religiosa. No sólo es que no exista tal fuerza salvífica sino que la creencia misma en un «sujeto histórico», sea éste o el otro, es aberrante, pues carece de todo fundamento experiencial y remite a la persistencia de los mitos más aciagos del clericalismo en el corazón mismo de la ideología de la radicalidad, lo que pone en evidencia que ésta es mucho menos subversiva, e incluso mucho menos moderna, de lo que habitualmente se considera.

Para liberarnos, hasta donde ello es hacedero, nos bastamos con nosotros solos, sin fantasmagorías añadidas, y si no fuera así, entonces jamás lo alcanzaremos. Pero nosotros no como ahora somos, en tanto que productos del sistema, sino como podemos ser después de someternos a un radical plan de auto-mejora. Por tanto, dejemos a un lado el victimismo y el narcisismo, contemplémonos con objetividad y edifiquémonos como personalidades renovadas, aptas para todos los esfuerzos y sacrificios, en primer lugar el del uso del entendimiento para alcanzar la verdad posible. Con sujetos capaces, con un sistema argumental razonablemente desarrollado y bien constituido a partir de la verdad, con una estrategia razonablemente meditada y con la voluntad de arrostrar todas las dificultades y penalidades, estaremos en condiciones de, repudiando las utopías, convertir las crisis en curso en antesala de la revolución, formidable tarea quizá hacedera a largo plazo, o quizá no. Ello resulta de aplicar, a las presentes circunstancias, el dicho sobre que «a grandes males, grandes remedios». En efecto, es probable que nos encaminemos a una situación apta para el choque entre las fuerzas de la reacción y las de la revolución, en futuros decenios, ¿lo esperaremos

pasivamente o nos prepararemos desde ahora para luchar resolutivamente, e incluso para vencer?

Lo que es incompatible con el capitalismo son las necesidades espirituales consustanciales a la condición humana. Las materiales, fruibles y gozables, no. Por tanto es a partir del fomento y reivindicación de las fuerzas del espíritu, en primer lugar de la exigencia de libertad de conciencia, política y civil, contra el régimen de dictadura actual, y de verdad, contra la tiranía de los aparatos de adoctrinamiento, como ha de hacerse lo medular de la acumulación de fuerzas para la revolución. Ellas nos hacen humanos, aún más humanos, y esa humanidad reafirmada es letal para el orden constituido, que necesita subhumanos. Ahí tenemos una gran oportunidad para lidiar y vencer.

Lo expuesto equivale a lanzar un desafío estratégico.

En las circunstancias presentes, cuando el futuro de la humanidad aparece lleno de incertidumbres y amenazas dramáticas, que son inquietantes pero también contiene la posibilidad de realizar avances, quizá gigantescos, hacia la desintegración del orden constituido, debemos considerar que el remedio a los males, y el verdadero agente histórico apto para efectuar el cambio necesario, no es otro que el ser humano, si se le auto-construye apropiadamente. Esto equivale a exponer que en el seno de una sociedad ilimitadamente deshumanizada, la actual, cuyo fundamento es el desprecio y odio a lo humano, el afán de aniquilarlo y los múltiples planes para su negación, la persona, sola y mucho más aún en comunidad, emerge como la fuerza capaz de enfrentarse al Estado, a la tecnología, a la pérvida intelectualidad subvencionada, a los poderes económicos, a las satrapías mediáticas, al atroz mundo de la fiesta y la diversión, a los partidos estatales, en particular la socialdemocracia en todas sus expresiones, hoy el enemigo principal, al terror policial-judicial, a los viejos y nuevos fascismos y a la permanente amenaza de intervención militar legal.

La no-utopía es eso precisamente. Mientras haya seres humanos que perfeccionen sus capacidades y virtudes intelectuales, convivenciales y morales, tanto como las físicas y corporales, habrá esperanza.

Finalmente, no estará de más exponer algunas generalidades sobre la meta estratégica, concebida como antiutopía, para ayudar a quienes vegetan y se desploman víctimas de lo ínfimo y ramplón de sus fines. Lo podemos hacer porque la médula misma de la historia no es de naturaleza determinista sino decisionista, resulta de voliciones múltiples y super-complejas, que contienen

un grado de libertad variable según las circunstancias, pero siempre existente y siempre finita.

Una aceptable sociedad futura ha de ser, ante todo, libre y plural, civilizada, apta para el desarrollo de la esencia concreta humana, en comunión con la naturaleza y de pobreza decorosa^[11] para todos. Ha de proceder del acuerdo estratégico entre varias corrientes, sensibilidades y escuelas, por encima de ideologías y doctrinas, para constituir un orden de libertad equitativo para todos, es decir, libertad de conciencia, política y civil, sin ente estatal y sin capitalismo. Su propósito tiene que ser desarrollar las facultades y capacidades espirituales del ser humano, en tanto que individuo, como integrante de las diversas formas de convivencia natural, como asociado en plurales colectivos para la acción unida o la ayuda mutua y como sujeto político operante en las asambleas populares para la toma de decisiones. El gobierno del cuerpo social ha de hacerse por medio de asambleas omnipotestativas, el municipio tiene que ser soberano y autónomo incluso en lo económico, y los pueblos hoy oprimidos deben ejercer el derecho de autodeterminar su futuro. Los bienes productivos básicos han de ser colectivos y se tiene que evitar el gran mal de la riqueza material, quedando proscrito el trabajo asalariado. La tecnología tiene que ser desmitificada y someterse a un escrutinio crítico, para que sólo alcance a subsistir la que no sea ni opresiva ni deshumanizante ni contraria a los valores supremos de libertad de conciencia, autorrealización y vida hermanada ni medioambientalmente destructiva. Todos los aparatos de aleccionamiento y manipulación de las mentes, desde la escuela primaria a los oligopolios mediáticos pasando por la universidad y el arte extravagante subvencionado tienen que desaparecer para que reine la libertad de conciencia. Las normas sociales de cumplimiento obligado han de ser las mínimas necesarias, de manera que resulten máximas las reglas morales, los pactos libremente realizados, la ayuda mutua y la libertad del individuo. Mujeres y hombres, deben respetarse y quererse, como seres hechos para vivir juntos en el amor, sin que prevalezca en nada importante uno de los dos sexos, pero también sin que exista entre ellos una identidad antinatural, que niegue las singularidades de cada uno. Hay que realizar la autosuficiencia no sólo en lo económico sino también en lo demográfico, para no tener que expoliar y robar sus gentes a otras sociedades. Debe ser, la futura sociedad, de carácter desurbanizado —de manera voluntaria—, con la población racionalmente distribuida por todo el territorio, con una agricultura mínima, sin regadíos artificiales ni cultivos productivistas y con una superficie boscosa autóctona máxima. Sin jerarquías

ilegítimas y sin propiedad privada, debe constituirse como una sociedad de la convivencia y el afecto de unos a otros, tanto como de la verdad posible-finita, la belleza y la moralidad. El mercado conviene que esté reducido al mínimo, y el dinero que resulte escaso, sin poder y sin valor, eso en caso de existir. Finalmente, ha de ser siempre mejorable, por la crítica, el esfuerzo, la disidencia y la lucha, dado que nunca será una sociedad perfecta, una utopía libresca. Para proteger y afirmar la libertad, habrá armamento general del pueblo, esto es, milicias. En esa sociedad se ha de unificar lo mejor del pasado con las exigencias del siglo, la tradición con la revolución. De ese modo el ser humano podrá ser sujeto integral, sin especializaciones mutiladoras.

De lo que se trata, en definitiva, es de construir una nueva civilización, y unos seres humanos nuevos, con la libertad como fundamento, ámbito y propósito al mismo tiempo.

Félix Rodrigo Mora



FÉLIX RODRIGO MORA (Soria, 1951) es un escritor, historiador y filósofo político autodidacta español. Autor de libros y artículos, y prolífico conferenciante, es un estudioso crítico de las formas de Estado, los sistemas de gobierno e investigador de la sociedad rural popular.

Hasta 2007 formó parte del colectivo de crítica anti-industrial y anti-tecnológica *Los amigos de Ludd*, cuyas principales publicaciones entre 2001 y 2006 fueron recogidas en *Antología de textos de Los Amigos de Ludd*.

Desde 2008 ha centrado su obra escrita e investiga y conferencia sobre las condiciones conducentes a una revolución democrática, axiológica y civilizadora, sobre política, historia, tecnología, universidad, ética y pedagogía, sobre las bases civilizatorias de la naturaleza y la ruralidad, sobre el daño espiritual del alcohol, la situación del nacionalismo autonomista gallego, y sobre la naturaleza negativa del Estado de Bienestar.

Notas

[¹] Expresión utilizada por Jules Guesde y otros jerarcas de la II Internacional, socialista, para definir a los partidos obreros que decían inspirarse en el marxismo, ya a finales del siglo XIX. Dado que la expresión, en su brutal sinceridad, calificaba bien este movimiento, fue pronto discretamente retirada de la circulación, sin que por ello la socialdemocracia modificase su orientación básica. Hoy, la categoría de «partido del estómago» es aplicable a toda la izquierda, a la institucional tanto como a la mayoría de la «anticapitalista». Para ella el ser humano es un ente zoológico que sólo necesita nutrirse, restaurarse fisiológicamente, y que carece del componente espiritual. Pero éste, en la forma de conciencia, resulta ser el elemento número uno de la revolución, de manera que su negación es la forma más precisa de nulificar la causa motriz de aquélla. <<

[2] El tomo I se publicó en 1867, el II y III por su amigo F. Engels en 1885 y 1894 respectivamente, si bien éste se limitó a dar forma literaria a las notas que Marx dejó inacabadas a su muerte, en 1883. Por tanto, la obra como tal es de mediados del XIX. Considerar que lo elaborado entonces, con un capitalismo rudimentario ante sí, puede explicar el presente es dejarse ganar por el dogmatismo. Además, su autor, que creía acríticamente en los lugares comunes de la economía política burguesa de moda en su tiempo, cometió errores bastante graves, como son el olvido de la función económica del Estado; una inapropiada interpretación de la significación última del quehacer económico, que siendo un medio lo presenta como un fin, el aferrarse a la charlatanería hegeliana y adoptar un enfoque mecanicista, providencialista y teleológico del proceso histórico, según el cual los mecanismos objetivos «salvan» a la humanidad, con el proletariado como nuevo Mesías. Es verdad que ya casi nadie se declara marxista, dejando a un lado a pequeños grupos de nostálgicos, pero también lo es que muchos aún siguen pensando con categorías y utilizando nociones propias del marxismo, lo que les condena al caos intelectual, a la inoperancia práctica y, lo que es más grave, al seguidismo hacia la socialdemocracia. <<

[3] Éste es el título de un libro de Ned Postman sobre el nivel de locura que ha alcanzado el ansia de gozar y divertirse en EEUU, concluyendo que «somos un pueblo al borde de divertirnos hasta la muerte». Entre nosotros las cosas, probablemente, están hoy peor aún, si cabe. El autor, aunque cautelosamente, establece el nexo adecuado entre sociedad de la diversión y tiranía política. De lo que no trata es de la contribución fundamental que ha realizado la izquierda a la popularización de la sociedad de la diversión, hecho entre otros muchos similares que permite sostener que aquélla, si se va al grano y se deja la fraseología engañadora, es el sector más eficazmente reaccionario del espectro político. Ella, no sólo la oficial sino también la heterodoxa (por ejemplo, la Internacional Situacionista), ha enseñado al proletariado a, por decirlo en palabras de Plutarco, «medir la felicidad con su vientre». Dado que tal ha sido interiorizado por los asalariados, la posición ante éstos no ha de ser seguidista ni paternalista sino crítica, afectuosa pero firmemente crítica. <<

[4] Desde 2003 la izquierda «radical» lanzó una campaña de oposición a la intervención militar en Irak aquí realizada por el PP y su jefe entonces, J. M. Aznar, presidente del gobierno. Aunque el rechazo al envío de tropas españolas a Irak era correcto, no así el contenido con que se hizo, mera repetición de la política del PSOE, como partido de oposición en el parlamento. El actuar militante de la mayoría de los sectores «antisistema» en contra del PP, y de hecho a favor del PSOE, contribuyó a que éste ganara las elecciones generales de 2004. Cabe destacar que cuando el PSOE en el gobierno ha enviado tropas a Afganistán, dicha izquierda «radical» no ha hecho nada por resistir y oponerse. Es más sigue silenciosa ante el proyecto del gobierno de Zapatero de tener, para 2010, 7700 soldados en misiones de agresión en casi una docena de países, número bastante superior al de las desplegadas por el PP. En todo esto se pone de manifiesto la naturaleza pro-socialdemócrata de la supuesta radicalidad izquierdista que se niega a admitir lo obvio, que desde el final del franquismo, 1976-1978, el PSOE ha sido y es el partido que mejor representa los intereses del gran capital, muy por delante del PP. <<

[5] En nuestra desventurada edad se suele creer que la calidad de los seres humanos es algo dado, que no puede ser cultivado ni aumentado. Pero no es así. Los antiguos sabían que la persona es capaz de mejorarse a sí misma, y que debe hacerlo toda su vida conforme a un método. Un texto que invita a ello, por citar uno de los más antiguos de nuestra cultura, la occidental, es «Versos áureos», de Pitágoras, del siglo VI antes de la era en curso. En él se encuentran ideas provechosas, y otras que lo son menos. Entre las primeras hay una de notable significación para la etapa de crisis múltiples en que nos estamos adentrando, «convéncete de que las cosas de naturaleza penosa contribuyen más a la virtud que los placeres». Pero la noción de virtud, o valía personal auto-constituida, ha sido extinguida, a fin de que el capital y el Estado tengan ante sí monigotes con aspecto humano, a los que manejar sin dificultad. <<

[6] La extrema derecha y el fascismo, en el plano mundial, están conociendo también un proceso de adecuación y renovación a las realidades del siglo XXI. Con el fin de hacer frente a futuras pero muy probables crisis políticas, el capitalismo y los Estados están poniendo a punto nuevos instrumentos de difusión de ideas ultra-reaccionarias y de, cuando corresponda, organizaciones y grupos para la intervención violenta en la calle. Los viejos fascismos europeos están desprestigiados y son casi por completo inoperantes, sobre todo en nuestro país. La historia nunca se repite y el futuro no será una reedición de los años 20 y 30 del pasado siglo, con milicias de camisa parda, negra o azul, provistas de botas y correaes, desfilando por las calles. Por ello hay que prestar atención a las nuevas formas de extremismo de derechas que están fomentando los poderes constituidos planetarios, en particular los ejércitos, que han sido y son su matriz. Entre ellas se pueden citar al feminismo de Estado, en particular en su versión nazi de nuevo tipo, el movimiento SCUM, las redes del narcotráfico, las compañías privadas de seguridad al servicio de la clase empresarial, los colectivos dedicados al tráfico de seres humanos y al Islam extremista, por citar a los más importantes. Éste último ha manifestado en numerosas ocasiones su capacidad para frustrar movimientos revolucionarios, dando un apoyo decisivo en hombres a Franco en 1936-39, o exterminando a los trabajadores y estudiantes revolucionarios que en 1979 se alzaron contra la tiranía del Sha en Irán, de donde resultó un régimen de dictadura clerical-fascista. Inquieta que el alcalde de Madrid, Ruiz Gallardón, miembro del PP y retoño de una familia íntimamente vinculada al franquismo, haya donado al islamismo integrista, asentado en la mezquita principal de la capital del Estado, las Escuelas Aguirre, magnífico complejo arquitectónico historicista levantado hace un siglo, alegando el principio de «tolerancia», que no aplica a la comunidad de los ateos, agnósticos y deístas, que son en dicha ciudad mucho más numerosos (el 15% de la población total). Dado que es imposible diferenciar a la «sharia» o ley islámica, de lo esencial del orden ideológico, político y jurídico franquista, hay en ello una intencionalidad política obvia. También es expresión de espíritu reaccionario actualizado una parte al menos de los movimientos estatolátricos que so pretexto de combatir la «globalización» (mundialización) proponen como remedio a todos los males sociales expandir más y más el aparato estatal pues, como expone B. Mussolini, el culto al Estado es rasgo decisivo del fascismo. Al respecto un libro de interesante lectura es «El Estado totalitario en el pensamiento de José Antonio», del ministro franquista José Luis de Arrese. En realidad, los que

hoy confían en el Estado, y se lucran con sus subsidios, se pondrán de su parte de forma aún más militante cuando una gran crisis política amenace la existencia de aquél. <<

[7] Este asunto es tratado en mi trabajo «Los orígenes del vigente orden de dictadura política: la revolución liberal española, 1812-1874», incluido en el libro «Ética y política. Para una revolución fundante de una sociedad libre».

<<

[8] Las corrientes primitivistas, hace unos años de moda y hoy en retirada una vez comprobado lo infundamentado de sus presupuestos, sostienen de manera explícita, entre otros varios postulados equivocados, que el ser humano es sobre todo un animal, y que como tal ha de considerarse. Ciertamente, nada puede ser más útil hoy al orden constituido que la negación militante de lo específicamente humano, de la conciencia (causa número uno de revoluciones), hecho que prueba que en el mundo de la supuesta radicalidad florecen ideas tan reaccionarias como en el universo mediático oficial. Una revisión crítica se encuentra en los Boletines n.º 7, («Carta abierta a los primitivistas», artículo reeditado en el libro «Antología de textos de Los Amigos de Ludd»), y n.º 8, («¿Se abre paso la crítica antiindustrial?»), de «Los Amigos de Ludd». Los animalistas, como dice el segundo de los artículos, lo que hacen es «reforzar uno de los pilares de la dominación», hecho demasiado usual en el universo «antisistema», especialmente entre aquellos de sus integrantes que se dejan arrastrar por furores nihilistas de un tipo u otro y quieren ser más «rompedores» que nadie. No es casual que el lugar de origen de estas ideas sea Estados Unidos, país que posee el Estado y el capitalismo más potentes del mundo y donde más lejos se ha llevado la destrucción de la esencia concreta humana encaminada a producir subhumanos clónicos, animales de faena con aspecto humano, es decir, asalariados perfectos. Lo expuesto queda recogido de una manera más completa en el libro «Antología de textos de Los Amigos de Ludd». <<

[9] Dice Ortega, por una vez atinadamente, que «donde no hay problemas no hay angustia, pero donde no hay angustia no hay vida humana». Quienes siguen empeñados en separar la vida, en tanto que humana, del dolor, para hacerla sinónimo de placer, cuando ambos son parte de la vida, y como tales deben ser tenidos, se merecen la crítica que A. Huxley realiza en «Un mundo feliz» de ese tipo de ideología, hoy oficial y ortodoxa. <<

[10] En «Crítica de la noción de felicidad y repudio del hedonismo. Elogio del esfuerzo», incluido en «Ética y política. Para una revolución fundamente de una sociedad libre», establezco con cierto detalle la doble significación de la ideología felicista, a saber, la consagración del régimen parlamentario y la destrucción planeada de lo humano en tanto que humano. <<

[11] Esta noción es diferente a la consigna de «decrecimiento» ahora en boga. Primero, porque «decrecimiento» significa sólo cambio cuantitativo, no cualitativo, lo que no es el caso de la categoría de pobreza decorosa, que se sitúa en un modo de producción radicalmente diferente al actual, al ser colectivista el preconizado. En segundo lugar, las motivaciones de mi formulación van más allá de los problemas medioambientales pues, sin olvidarlos ni minimizarlos, se atribuye objetivos morales y políticos de gran arraigo en lo mejor de la cultura occidental. Finalmente, la exigencia de «decrecimiento» bajo el capitalismo lejos de proteger al medio natural puede dañarle aún más, pues en condiciones de escasez la explotación de la naturaleza tiende a hacerse aún más frenética. Tales son los males, una vez más considerados, de la pretensión movimentista de encontrar soluciones dentro del actual régimen de dictadura a todo tipo de problemas, en particular a los que, por su misma naturaleza, no pueden tenerla, que son la mayoría y los principales. <<